

por última vez, el sol poniente lanzaba un rayo sobre la cara del caballero viejo, y hacía resaltar la actitud estúpida del chico regordete: había dejado caer la cabeza sobre el pecho y continuaba durmiendo.

CAPITULO V

Donde se verá, entre otras cosas, cómo Mr. Pickwick emprendió el conducir un coche, y Mr. Winkle el montar un caballo y cómo lo consiguieron uno y otro.

El cielo estaba brillante y sereno; el aire parecía embalsamado. Todos los objetos de la creación se ostentaban con un encanto indecible, y Mr. Pickwick, apoyado sobre el parapeto de Rochester, contemplaba la naturaleza esperando la hora del almuerzo.

La escena que se desarrollaba ante sus ojos hubiera fascinado á un espíritu menos admirador de las bellezas del campo. A su izquierda se extendía una antigua muralla con torreones en muchos sitios, dominando con su masa sombría las verdes orillas del Medway. Las yedras coronaban tristemente las negras almenas, mientras que festones de plantas marinas, suspendidos de las piedras, temblaban al soplo del viento. Detrás de estas ruinas se elevaba el viejo castillo, cuyas torres sin techo, cuyas murallas medio ruinosas mostraban aún la antigua grandeza, mientras el ruido de las armas y los cantos de fiesta retumbaban bajo sus espléndidas bóvedas. Por cada lado, en todo lo que alcanzaba la vista, se veían las orillas del río cubiertas de praderas y campos de trigo, enmedio de los cuales se destacaban aquí y allí algunas iglesias y molinos; paisaje rico, variado, que hacían más bello aún las sombras errantes de las nubes que flotaban entre la luz del sol de la mañana. El Medway, en que se reflejaba el azul plateado del cielo, corría silenciosamente y á veces con ligero murmullo resplandecía bajo los remos de los pescadores, que seguían la corriente con lentitud en sus botes pesados, pero pintorescos.

La perspectiva de este hermoso espectáculo había sumergido á Mr. Pickwick en una agradable meditación. Salió de ella por un profundo suspiro que sintió á su lado y por un ligero golpe que le dieron en la espalda. Se volvió y reconoció al hombre lúgubre.

—¿Contempláis esta escena? — le dijo este con voz grave.

—Sí señor, le dijo Pickwick.

—¿Y os felicitáis de haberos levantado tan temprano?

Mr. Pickwick hizo un signo de asentimiento.

—¡Ah! es preciso levantarse muy temprano para ver el sol en su esplendor, porque su brillo dura rara vez todo el día. El principio del día y la mañana de la vida son ¡ay! muy semejantes.

—Tenéis razón, caballero.

—Suele decirse, — continuó el hombre lúgubre, — el tiempo está muy bello esta mañana, y no durará. ¡Con cuánta exactitud y reflexión se puede esto aplicar á nuestra existencia! ¡Cuánto no daría yo por volver á ver los primeros días de mi existencia, ó por olvidarlos para siempre!

—¿Tenéis muchas penas? — preguntó Mr. Pickwick con compasión.

—Sí, ciertamente, — replicó el hombre lúgubre con voz sombría; — más de lo que se cree al verme hoy. — Se detuvo un minuto y continuó bruscamente: — ¿habéis vos pensado qu een una mañana como esta sería cosa dulce y deliciosa ahogarse?

—No, ¡Dios me libre! — exclamó Pickwick retrocediendo un poco, por temor de que el hombre lúgubre tuviese intenciones de arrojarle al río para hacer una experiencia.

—Yo lo he pensado varias veces, — continuó el hombre lúgubre, sin aparentar que había notado aquel movimiento: — esa agua tranquila y fría parece invitarme murmurando á buscar en ella reposo y olvido. Se da un salto... puf. Se dan unas cuantas vueltas... el agua se pone clara... el agua pasa por encima de la cabeza... el torbellino se acaba... el agua se pone clara... y los dolores han terminado para siempre.

Los ojos cavernosos del hombre lúgubre lanzaban llamas mientras hablaba así. Pero esta exaltación momentánea se apagó bien pronto; se volvió con calma, y dijo:

—Basta ya sobre este punto. Quiero hablaros de otra cosa. Ayer me invitastéis á leeros una anécdota, y la habéis escuchado con atención.

—Sí, ciertamente, — dijo Pickwick, — y yo pensaba...

—Yo no os he preguntado vuestra opinión, — interrumpió el hombre lúgubre, — ni la necesito. Vos viajáis para divertirlos ó instruirlos; suponed que os dirijo un manuscrito curioso... atended... no extraordinario ni imposible, sino curioso como una página de la historia de la vida real... ¿le comunicaréis al Club de que me habéis hablado tanto?

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

—¡Oh! sin duda, si lo deseáis, y lo haremos insertar en las *Memorias del Club*.

—Lo tendréis, pues, — dijo el hombre lúgubre. — ¿Vuestras señas?

Mr. Pickwick le comunicó su itinerario probable, y el lúgubre lo apuntó cuidadosamente en su cartera, bastante voluminosa; acompañó al sabio hasta el hotel, rehusó la invitación que se le ofrecía, y se alejó con paso lento.

Los tres compañeros de Mr. Pickwick le esperaban para atacar al desayuno, que estaba ya sobre la mesa, colocado de una manera muy seductora. Se sentaron con él, y el jamón asado, los huevos, el café, el te y lo demás del almuerzo empezó á desaparecer con una rapidez que manifestaba las ventajas de la comida y el apetito de los viajeros.

—Ahora, — dijo Mr. Pickwick, — se trata de saber cómo iremos á Dingley-Dell.

—Lo preguntaremos al mozo, — dijo mister Tupman.

Y habiendo sido acogido como merecía este sabio consejo, el mozo fué llamado y consultado.

—¿Ir á Dingley-Dell, caballero? — contestó el mozo; — quince millas, camino de travesía, mal camino. ¿Queréis una silla de posta, caballero?

—En una silla de posta no caben más que dos personas, — respondió Mr. Pickwick.

—Es verdad; sin embargo... tenemos aquí una hermosa silla de posta de cuatro ruedas... dos sitios en el fondo y uno para el que las conduzca... ¡Ah! perdonad, caballero, no caben en ella más que tres.

—¿Qué hacemos pues? — dijo Snodgrass.

—Tal vez alguno de estos caballeros quiera hacer el viaje á caballo, — dijo el mozo mirando á mister Winkle.

—Tenemos muy buenos caballos de silla, caballero. Alguno de casa de Mr. Wardle, al venir á Rochester, podría traerlo.

—Eso es, — dijo Mr. Pickwick. — Winkle, ¿queréis ir á caballo?

Mr. Winkle tenía en lo más recóndito de los pliegues de su alma terribles dudas acerca de su habilidad ecuestre; pero como por nada hubiera consentido el que le sospecharan incapaz de montar, respondió al instante con notable osadía:

—Ciertamente que sí. Tendré un gran placer.

Ya se había precipitado delante de su destino, y no podía retroceder.

—Traedlos á las once, — dijo Mr. Pickwick al mozo.

—Muy bien, — replicó éste, y se marchó.

Concluido el almuerzo, los viajeros subieron á sus

habitaciones para preparar los efectos que querían llevar consigo.

Mr. Pickwick había determinado sus arreglos preliminares, y miraba á la calle por las ventanas del café, cuando el mozo entró anunciando que el coche estaba pronto, lo cual fué confirmado por la aparición de la dicha silla de posta en la calle.

Era una pequeña caja verde, montada sobre cuatro ruedas: en la parte anterior se alzaba una especie de pescante para el cochero. En la parte posterior había un banco estrecho para dos pacientes. Esta curiosa máquina estaba puesta en movimiento por un enorme caballo castaño, en cuyo cuerpo se podía estudiar la osteología con facilidad. Un mozo de cuadra tenía por la brida, para Mr. Winkle, otro enorme caballo, que aparentemente debía ser pariente muy cercano del animal del coche.

—Dios nos proteja, — dijo Mr. Pickwick, mientras ponían su equipaje en el coche; — Dios nos proteja. ¿Pero quien lo va á guiar? Yo no había pensado en eso.

—Vos, es natural, — respondió Tupman.

—Naturalmente, — añadió Snodgrass.

—¡Yo! — exclamó Mr. Pickwick.

—No hay peligro ninguno, — dijo el mozo de cuadra. Yo os garantizo de la mansedumbre del animal; un niño, un maniquí lo conduciría.

—¿No es espantadizo?

—¡Espantadizo! No se asustaría aunque viera pasar una carretada de monos con la cola encendida.

Esta última recomendación era convincente. Mister Tupman y Mr. Snodgrass se colocaron lo mejor que pudieron en la caja. Mr. Pickwick subió al pescante y apoyó sus pies sobre una plancha cubierta con un tapiz de hule, que él supuso ser destinada á aquel uso.

—Ahora, brillante William, — dijo el mozo de cuadra á su adlátere, — da las riendas á este caballero.

El brillante William, denominado así sin duda por sus cabellos grasientos y su cara aceitosa, colocó las riendas en la mano izquierda de Mr. Pickwick, en tanto que su superior entregaba el látigo en la mano derecha del filósofo.

—¡Muy bien! — exclamó Mr. Pickwick: porque el gran cuadrúpedo mostraba una inclinación decidida á retroceder ante la ventana del café.

—¡Muy bien! — repitieron Snodgrass y Tupman en su caja.

—Se advierte un poco, caballeros, no es más que eso, — dijo el primer mozo de cuadra en tono de animación.

—Tenedle un instante, William.

El subalterno contuvo al impetuoso animal, y el la-

cayo en jefe acudió á ayudar á Mr. Winkle á subir á la silla.

—Por el otro lado si gustáis, caballero.

—Que me ahorquen si ese hombre no iba á montar al revés, dijo un postillón al mozo de la fonda, que parecía experimentar una satisfacción indecible.

Mr. Winkle, al recibir aquel aviso, se columpió en la silla con tantas dificultades, poco más ó menos, como hubiera experimentado para saltar á bordo de un buque de guerra.

—¿Todo va bien? — preguntó Mr. Pickwick, atormentado por un sentimiento intuitivo de que todo iba mal.

—Todo va bien, — respondió débilmente mister Winkle.

—¡En marcha! — exclamó el mozo de la cuadra. — Retenedle bien, caballero.

Y entre las risotadas de todos los presentes, el coche y el caballo de silla partieron con mister Pickwick en el asiento del uno y Mr. Winkle en el lomo del otro.

—¿Por qué van tan de lado? — preguntó mister Snodgrass desde el interior de la caja á mister Winkle.

—No lo sé, francamente, — replicó el pobre caballero, cuyo caballo, en efecto, andaba de una manera escéntrica, con uno de sus costados hacia adelante, la cabeza á un lado y la cola á otro.

Mr. Pickwick no tenía tiempo de mirar lo que pasaba detrás de él, porque estaba obligado á reconcentrar todas sus facultades racionales en la conducta del animal enganchado al coche. Este desplegaba unas gracias muy singulares y divertidas para un espectador desinteresado; pero poco agradables para los que iban arrastrados por él. Sacudiendo sin cesar la cabeza de un modo incómodo como poco segura, pesaba sobre las riendas con tanta fuerza, que Pickwick se veía con gran aprieto para sostenerle; y para colmo de infortunio, el caballo tenía el resabio de echarse de repente sobre uno de los lados del camino. Allí se detenía de repente, después corría durante algunos minutos con una velocidad que era materialmente imposible moderar.

Ejecutaba esta manjobra por la vigésima vez, cuando mister Snodgrass dijo á su compañero:

—¿Qué tiene ese caballo?

—No lo sé, — respondió Tupman; — ¿será que es espantadizo? Eso me parece.

Mr. Snodgrass iba á responder cuando fué interrumpido por un grito de Mr. Pickwick.

—¡Oh! — decía; — he dejado caer el látigo.

En este momento Mr. Winkle, con su sombrero entrado hasta las orejas, llegaba trotando sobre su enorme

caballo, que le sacudía con tal violencia, que lo iba á hacer pedazos.

—Winkle, — le gritó Snodgrass. — Vos que sois buen mozo, recoged el látigo.

Mr. Winkle se inclinó hacia atrás, tiró la brida con tanta fuerza, que su cara se puso negra. Cuando hubo logrado detener su gran corcel, bajó, alargó el látigo á Mr. Pickwick, y tomando las riendas, se preparó á montar de nuevo.

No podemos decir, y fácilmente se comprenderá, si el gran caballo, en la inocente alegría de su corazón, quiso divertirse un poco con mister Winkle, ó si creyó que le sería más agradable hacer el viaje sin ginete; pero cualquiera que fuesen sus motivos determinativos, el hecho es que apenas Mr. Winkle había tocado las riendas, cuando el animal, bajando la cabeza, las hizo resbalar por encima y se lanzó hacia atrás en toda su longitud.

—Buena cabeza, — dijo Mr. Winkle con voz insinuante; — buen caballito.

Pero el buen caballito no gustaba de adulaciones, y cuanto más se acercaba Mr. Winkle para montarlo, más se alejaba él; de tal modo, que al cabo de diez minutos, y apesar de todas las astucias y caracoleos, Mr. Winkle y el caballo, después de haber continuamente dado vueltas el uno alrededor del otro, se encontraban en la misma posición. Era aquella una situación muy desagradable en todas circunstancias, y principalmente en un camino desierto, donde no podía encontrar ningún socorro.

Este juego se prolongó aún algún tiempo, hasta que Mr. Winkle dijo á sus compañeros:

—¿Qué puede hacer? No puedo montar.

—Haréis bien en llevarle así, hasta que llegemos á una pared, — dijo Mr. Pickwick desde su asiento.

—Pero no quiere andar, — exclamó Mr. Winkle; — venid, os lo suplico, á detenerme un poco.

Mr. Pickwick era la personificación de la cortesía y de la humanidad. Dejó sus riendas sobre el cuello del caballo, bajó de su asiento, condujo cuidadosamente el coche á lo largo de la empalizada por no obstruir el camino, y se dirigió á su compañero para aliviar su desgracia, dejando en el coche á Tupman y Snodgrass.

Tan pronto como el caballo vió que Mr. Pickwick se acercaba á él látigo en mano, substituyó al movimiento de rotación en que por tanto tiempo se había divertido, un movimiento retrógrado tan decidido que obligó á Mr. Winkle, que no quería soltar la brida, á caminar con extrema rapidez del lado de Rochester. Mr. Pickwick corrió á su socorro; pero cuanto más se acercaba, más retrocedía el caballo. Sus cascos sonaban en el ca-

mino, el polvo se elevaba alrededor suyo, y al fin, mister Winkle, cuyos brazos estaban casi descoyuntados, se vió obligado á soltar la brida. El caballo se detuvo, miró en torno con admiración, se volvió y comenzó á trotar pacíficamente en dirección á su cuadra, dejando allí á Mr. Winkle y Mr. Pickwick, que cambiaron una mirada de angustia. De repente llamó su atención el ruido del coche que rodaba cerca, y volvieron la cabeza.

— ¡Ya no faltaba más que esto! — exclamó Pickwick desesperado. — El otro caballo se marcha también.

Esto era cierto. El bucéfalo de la silla de posta se había espantado del ruido que hacía su compañero; tenía la brida sobre el cuello, y fácil es comprender la consecuencia. Echó á correr, arrastrando con gran velocidad á Mr. Tupman y á Snodgrass. ¡Ah! su carrera no fué muy larga; Mr. Tupman, fuera de sí, se lanzó al camino, y Mr. Snodgrass siguió instintivamente su ejemplo. El caballo rompió el coche contra un puente de madera, separó las ruedas del eje, el eje de la caja, y finalmente, se paró para contemplar tanta ruina.

El primer cuidado de los dos amigos intactos fué extraer á los amigos náufragos de su lecho de espinas. Cuando lo consiguieron, notaron con satisfacción indecible que no habían sufrido ningún desperfecto serio, y que habían salido tan sólo con algunos desgarrones en los vestidos y en la piel. En seguida todos juntos se ocuparon en separar al caballo de los restos del coche, y cuando se terminó esta complicada operación, le colocaron entre ellos y continuaron lentamente su camino, abandonando los restos del coche á su triste destino.

Una hora de marcha puso á nuestros en una pequeña posada, situada al lado del camino. Se veía en su fachada una enorme muestra, y detrás una ó dos ruedas de molino deformes; al lado una huerta de legumbres, y alrededor unos tinglados medio derruidos y cubiertos de musgo. Un aldeano de cara roja trabajaba en el jardín. Mr. Pickwick al verle le dijo:

— ¡Eh, escuchad!

El anciano se levantó lentamente, se puso las manos sobre los ojos, y examinó con calma á Mr. Pickwick y á sus compañeros.

— ¡Eh, escuchad!

— ¿Qué hay? — respondió el de la cara roja.

— ¿Qué distancia hay de aquí á Dingley-Dell?

— Siete millas largas.

— ¿Es buen camino?

— No, — dijo el aldeano.

Después, examinando de nuevo á nuestros viajeros, se puso á trabajar sin ocuparse de ellos.

— Quisiéramos dejar aquí este caballo, — dijo mister

Pickwick.

— ¿Dejar aquí el caballo?

— Precisamente, — dijo Mr. Pickwick, que se había acercado con su caballo á la puerta de la empalizada del jardín.

... — ¡Ama! — gritó el hombre de la cara roja, saliendo del huerto y mirando el caballo con aire sospechoso. — ¡Ama!

Una mujer alta, huesosa y muy estirada respondió á este llamamiento. Estaba cubierta con un gran pañuelo azul, y su talle se encontraba á una pulgada ó dos de su sobacos.

— Buena mujer, — dijo Mr. Pickwick acercándose á ella, haciendo uso de su voz más insinuante; — ¿podemos dejar aquí este caballo?

El aldeano dijo alguna cosa al oído de la buena mujer. Esta miró á la caravana, y después de un instante de reflexión, respondió:

— No; no queremos.

— ¿Que no quiere? — repitió Mr. Pickwick.

— La otra vez nos inquietaron mucho por lo mismo, y no queremos guardar más caballos.

— Esto es lo más extraordinario que en mis viajes me ha ocurrido, — dijo Pickwick con admiración.

— Creo... creo realmente, — murmuró Mr. Winkle, — creo que sospechan que hemos robado este caballo.

— ¡Cómo! — exclamó Pickwick con una explosión de ira.

Mr. Winkle repitió modestamente la opinión que acababa de emitir.

— ¡Eh! ¡hombre! — exclamó Mr. Pickwick irritado; — ¿pensáis que hemos robado este caballo?

— No lo creo, estoy seguro, — respondió el hombre de la cara roja, con una especie de sonrisa que agitó toda su fisonomía desde una oreja á la otra; y hablando así entró en la casa, cuya puerta cerró cuidadosamente.

— ¡Esto parece un sueño! — exclamó Mr. Pickwick, — ¡una horrible pesadilla! ¡Oh cielos! Imaginaos un hombre que camina todo el día perseguido por un caballo espantoso, del cual no puede librarse.

Los pickwickianos, abatidos, se pusieron tristemente en camino, y el enorme cuadrúpedo, hacia el cual sentían la más terrible repulsión, marchaba lentamente á su lado.

La tarde se acercaba, cuando nuestros cuatro amigos, seguidos siempre del maldito animal, llegaron por fin á la avenida que conducía á Dingley-Dell. Pero aunque tocasen al término de sus fatigas, su satisfacción estaba prodigiosamente contrarrestada con la ridícula singularidad de su apariencia: trajes desgarrados, caras llenas

de rasguños, zapatos sucios, figuras extenuadas; y además de todo esto el horrible caballo. ¡Oh! ¡cuánto lo maldecía Mr. Pickwick! De tiempo en tiempo lanzaba sobre él miradas en que se pintaban el odio y el deseo de una espantosa venganza. Más de una vez había calculado la cantidad probable que sería necesario pagar por tener la satisfacción de cortarle el pescuezo; y entonces la tentación de asesinarlo ó abandonarlo en los campos desiertos, se presentaba á su espíritu con la mayor violencia. Sin embargo, avanzaba siempre, y en una de las vueltas del camino fué distraído de sus horribles pensamientos por la aparición súbita de dos personajes. Eran Mr. Wardle y su fiel sirviente el gordo mofetudo.

—Y bien ¿dónde habéis estado? — preguntó el caballero hospitalario. — Os he esperado todo el día. Parece que estáis cansados. ¿Y esos rasguños? No estáis heridos... no, me alegro. ¿Habéis volcado? No os apuréis; es un accidente muy frecuente en este país... ¡Joel! ¡maldito chico! otra vez durmiendo. Joe, coge ese caballo y llévalo á la cuadra.

El gordo, teniendo de la brida al fogoso caballo, se arrastró con paso perezoso detrás de la compañía, mientras Mr. Wardle se esforzaba en consolar á sus huéspedes de las desventuras que le fueron contando.

Llegados á Dingley-Dell, empezó por hacerles entrar en la cocina diciendo:

—Vamos á repararlo todo aquí, y en seguida entraremos en el salón. Emilia, traed aguardiente con cerezas... Ahora, Juana, una aguja con hilo... María tohallas y agua. Vamos, dáos prisa.

Tres ó cuatro criadas muy robustas se dispersaron rápidamente para ir en busca de los artículos pedidos, mientras un par de domésticos masculinos, de cabezas redondas y caras anchas, se levantaron de los asientos que ocupaban junto á la chimenea, se sumergieron en la obscuridad de unos rincones, y salieron pronto armados con botellas de betún y una media docena de cepillos.

—¡Vamos, pronto! — repitió el caballero viejo. Pero esta era una exhortación inútil, porque una de las criadas vertía aguardiente, otra traía las toallas, y uno de los hombres, asiendo repentinamente á Mr. Pickwick por la pierna, con inminente riesgo de hacerle perder el equilibrio, le cepilló las botas con tanta fuerza, que le hizo mucho daño en los callos. Al mismo tiempo un segundo lacayo frotaba á Mr. Winkle con un enorme cepillo, produciendo con su boca esa especie de silbido que los mozos de las cuadras hacen oír cuando limpian un caballo.

En cuanto á Mr. Snodgrass, después de haber terminado sus abluciones, volvió la espalda al fuego, y sa-

boreando con delicia su aguardiente, se puso á examinar la pieza en que se encontraba.

Según la descripción que él ha hecho, era una vasta habitación enlosada con ladrillos amarillos. La chimenea era inmensa; se veían colgados en ella jamones y tocino. En la pared había sillas de montar, jaquimas y arreos de caballo, y una vieja escopeta enmohecida. Encima había un letrero que en gruesos caracteres decía *cargada*; y debía estarlo desde hacía medio siglo, si había de creerse á su inscripción y á su apariencia. Un viejo reloj de cucú, de movimiento tranquilo y solemne, estaba clavado en un rincón.

—¿Estáis prontos? — preguntó el viejo á sus huéspedes, cuando los vió bien lavados, cosidos, cepillados y restaurados.

—Sí señor, — respondió Mr. Pickwick.

—Vamos, venid conmigo.

Tres de los viajeros le siguieron al través de sombríos corredores y se reunieron á la puerta del salón con mister Tupman, que se había quedado atrás para besar furtivamente á Emilia, sin que obtuviera por recompensa más que algunos rasguños.

El viejo los introdujo diciendo:

—Señores, bien venidos seáis á Dingley-Dell.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RAY"

Apdo. 1623

Una tertulia de otros tiempos. *Apdo. 1623* Historia contada por un eclesiástico.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

CAPITULO VI

"ALFONSO RAY"

Muchas visitas reunidas en el salón se levantaron para recibir á los recién venidos, y mientras se hacían los cumplimientos ceremoniosos de la presentación, Mr. Pickwick tuvo ocasión de examinar la figura de los concurrentes y expecular sobre su caracter y sus ocupaciones. Era un género de distracción á que solía entregarse con frecuencia, lo mismo que otros muchos grandes hombres.

Una dama muy vieja con un enorme gorro y un traje de seda ajada, ocupaba el puesto de honor en el ángulo derecho de la chimenea. Era nada menos que la ma-